

Todas las tres de nuestras lecturas de hoy nos recuerdan que la fe no es simplemente lo que creemos; es un viaje. Es verdad, por supuesto, que lo que creemos nos guía y nos acicatea en nuestro viaje de la vida, pero es el viaje mismo que revela la naturaleza y verdad de lo que profesamos creer. Tanto en inglés como en español tenemos los dichos que nos recuerdan de la importancia de vivir lo que profesamos. Los ejemplos en inglés son, “Actions speak louder than words” [Acciones hablan más altas que las palabras]; y «What you do speaks so loud I can’t hear what you are saying» [Lo que haces habla tan fuerte que no puedo escuchar lo que dices]; y «Practice what you preach» [Practique lo que predicas]. Si mi fuente es correcta, algunos ejemplos en español son, «Las acciones dicen más que las palabras mismas» [Actions say more than words themselves]; y «Dame hechos, no palabras» [Give me deeds, not words]; y «Del dicho al hecho hay un largo trecho» [From the word to the deed there is a great distance].

En nuestra primera lectura del libro de Génesis, escuchamos la llamada del patriarca Abram. Es verdaderamente un modelo de vivir la fe. La fe de Abram es tan extraordinaria que San Pablo se refiere a él como el padre de todos los que tienen fe (Romanos 4:16). El libro de Josué en el Antiguo Testamento nos dice más sobre Abraham.

Sus padres vivían más allá del Río, y servían a otros dioses: acuérdense de Teraj, padre de Abrahán y padre de Najor. Pero yo tomé a su padre Abrahán más allá del Río y le hice recorrer todo el territorio de Canaán (Josué 24:2b-3a).

Cuando Dios llamó a Abram para que dejara su patria y su familia, Dios no le dijo a dónde iba a ir. En lo que a Abram se refiere, estaba siendo llamado a ir a una tierra desconocida. Dios prometió bendecir a Abram con descendientes, sin embargo, para que toda la gente del mundo encontraría bendición en él. A nosotros la promesa de Dios suena tan maravillosa que Abram tendría que responder e ir a dónde Dios guiaba, y por supuesto es una promesa maravillosa. Pero considere: según la Biblia, Abram tenía setenta y cinco años, su esposa tenía sesenta y cinco años, y ciertamente, como su familia, Abram había adorando a muchos dioses. Ahora, aparentemente apareció de la nada, **un** Dios le hablaba. ¿Le habló en una visión o en un sueño? La Biblia no nos dice. Pero este Dios le pide a Abram que deje a los dioses de sus padres, que deje a sus parientes, que deje todas las cosas y todas las personas que él ha conocido para ir a una tierra desconocida, «una tierra que Dios le mostrará». Y este Dios le dice a Abram que Dios hará «nacer de él un gran pueblo». Recuerdan, junto con Abrahán irá su esposa que tiene sesenta y cinco años y es estéril. Creo que cualquier otra persona habría dicho, «Dios, ¿tú quieres que yo vaya a donde y se hacen qué?» Pero la Biblia dice, «Abram partió, como se lo había ordenado el Señor». No me extraña que Abraham es llamado al padre de todos los que tienen fe.

Sin embargo, no es sólo Abraham quien recibe una llamada de Dios. Debido a que Abram actuó en esa llamada, nosotros—ustedes y yo—hemos recibido una llamada a través del descendiente que Dios prometió a Abram a través quien toda la gente del mundo encontrará bendición—Jesucristo nuestro Señor. La segunda lectura nos recuerda: Hemos recibido una llamada de Dios y nosotros también estamos en un viaje. Dios «nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida». Una vida Santa—esa es la meta de nuestro viaje. También se nos recuerda que

nuestras «obras» no nos ganan la salvación. San Pablo escribió, Dios «nos ha salvado y [entonces] nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida». Somos llamados a la santidad después de que somos salvados. Nuestra salvación es un don gratuitamente dado a nosotros. Nuestro viaje comienza con el don, y el don es el don de la gracia de Dios, «que Dios nos ha concedido por medio de Cristo Jesús desde toda la eternidad».

De ese don, si se quiere desde la tierra de gracia, estamos llamados a entrar en lo desconocido, siempre a escuchar la guía continua de Dios. El viaje de Abraham lo llevó a través de un río, a través de desiertos, sobre montañas, frente a la gente hostil e incluso reyes hostiles, pero se quedó en el curso. ¿Siempre era Abraham fiel en sus acciones? No, no lo era. La Biblia da dos relatos diferentes de su miedo y el decir una mentira que causó dolor y sufrimiento a otros (Génesis 12:13; 20:2). Abraham no era una persona perfecta ni es ningún santo, sino a través de todo y a pesar de sus defectos humanos, sus pecados, continuó su camino de fe. La Biblia nos dice, «Y creyó Abram a Yavé, el que lo tuvo en adelante por un hombre justo» (Génesis 15:6).

El destino de Abraham era la tierra de Canaán, la tierra que años más tarde sería conocida como la Tierra Prometida, «una tierra que mana leche y miel» (Éxodo 3:8). La Transfiguración da a Pedro, a Santiago, y a Juan un vistazo de la meta y el destino último de Jesús después de la resurrección y la ascensión: Jesús está para siempre, por toda la eternidad, en la Tierra Prometida con Dios el Padre, con Moisés y con Elías. La Transfiguración nos da, como dio a esos apóstoles, un vistazo de la meta y el destino de nuestro viaje. Jesús oró por ellos y por nosotros que «donde [él] esté, allí estará también [su] servidor» (Juan 12:26); es decir, Jesús oró que nuestro destino en el grande desconocido fuera la presencia de Dios—Padre, Hijo, y Espíritu Santo—con todos los santos y con todos nuestros queridos que han ido antes de nosotros para estar con él. Que él nos mantenga fieles en nuestro camino.